

—Voy á darla un beso y á ver si necesita algo, —dijo.

—Es que la señora Condesa ha prohibido que entre nadie, —respondió el criado con embarazo; y en el mismo momento la señora Steno, que acababa de abrir la carta, decía con una voz que emocionó á la joven por su alteración:

—Vámonos... Tampoco yo me siento bien.

Aquella mujer tan orgullosa, tan acostumbrada á que todo se doblegase á su voluntad, acababa en efecto, de temblar de una manera dolorosa bajo la atroz injuria de aquellas frases que la arrojaban de allí ignominiosamente. ¡A ella! ¡A Catalina Steno! Había palidecido hasta la raíz de sus hermosos cabellos rubios; su rostro se descompuso por la primera y la última vez. Alba pudo verla temblar. No fué esto cosa más que de algunos momentos. Después de bajar la escalera, volvió á recobrar la energía de aquel carácter animoso, tan formado para las sacudidas de emociones fuertes y los cambios instantáneos de acción. Mas por rápido que aquello fuese, había bastado para conmover también á la joven. Ni un instante dudó que el billete no fuese la causa de aquella metamorfosis extraordinaria en el aspecto y la actitud de la Condesa. El hecho que Maud no quisiera recibirla en su cuarto, siendo tan amigas, no era menos extraordinario. ¿Qué pasaba? ¿Qué contenía aquella carta? ¿Qué se le ocultaba? Si la vispera había experimentado la sensación de un pinchazo en el corazón nada más que al adivinar una escena de violenta explicación entre su madre y Boleslas Gorka, ¿cómo no había de inquietarse al notar el estado en que habían puesto á su madre unas líneas de la mujer de Boleslas? Volvió á pensar en la denuncia anónima y con ella en to-

das las sospechas que en vano pretendía arrojar desde hacía algunos meses. Ciertas hipótesis se adaptan en ocasiones tan exactamente á ciertos hechos, que concebirlas es admitirlas. La que atravesó el espíritu de Alba era de esa suerte. Pensó que una casualidad cualquiera, tal vez la infamia de otra denuncia había hecho comprender á Maud la clase de relaciones de la señora Steno y de Boleslas, y que allí estaba el secreto del terror en que aquella carta arrojaba á la Condesa. Aunque esta última ignorase que desde algunos meses en el espíritu de su hija había un drama moral del que aquella escena venía á ser el episodio final, era demasiado sagaz para no comprender que su emoción había sido muy imprudente y que debía explicarla. Por otra parte, la ruptura con Maud era irreparable, y preciso era que Alba se asociase á ella. Aquella madre tan culpable, tan ciega y tan avisada á la vez, no bien hubo entrevisto dicha necesidad cuando tomó su decisión inventando la falsa explicación.

—¿Adivinas lo que Maud acaba de escribirme? —dijo bruscamente á su hija cuando estuvieron sentadas en el carruaje. —¡Dios! ¡Qué bálsamo fué esta sencilla frase para el corazón de Alba! ¡Su madre iba á mostrarle la carta! ¡Esta alegría duró poco! La carta quedó en el sitio donde la Condesa la puso después de doblarla nerviosamente, en la abertura del guante. Y continuó: —Me acusa de ser la causa de un duelo entre su marido y Florent Chaprón, y se incomoda conmigo sin haberme visto, sin haberme hablado.

—¡Boleslas Gorka se bate con Florent Chaprón!, repitió la joven.

—Sí—respondió la madre.—Lo sabía por Haf-

ner, y no te he hablado de ello para que no te atormentaras por causa de Maud; y si he esperado á ésta tanto tiempo, ha sido únicamente para animarla en el caso de verla demasiado inquieta. Parece que Gorka se ha incomodado por una frase de Chaprón á propósito de los poloneses, una de esas frases inocentes y estúpidas que se dicen de un pueblo cualquiera, de los italianos, de los franceses, de los ingleses, de los alemanes, de los judíos, y que nada significan. Yo, bromeando, he repetido esa frase á Gorka. Te hago juez. ¿Es por culpa mía si en lugar de reirse del caso ese mozo ha ido á insultar á ese pobre Florent, y que de aquí resulte ese absurdo duelo? ¡Y Maud me escribe que no perdonará jamás, que soy una mala amiga, que lo he hecho con intención de exasperar á su marido. ¡Eh! ¡Que vigile ella á su marido, que le encierre si está loco! ¡Y yo que les he recibido como sabes! ¡Que les he relacionado en Roma, yo que siempre pensaba en ella! Oye,—añadió apretando la mano de su hija con un furor que al menos era sincero, si las palabras eran mentirosas;—te prohibo que la vuelvas á ver ni que la escribas. Si ella no me envía sus excusas por su incalificable carta, yo no quiero volverla á ver... ¡Es muy tonto ser tan buena!...

Por la vez primera, escuchando estas palabras, Alba tuvo la seguridad de que su madre la mentía. Desde que sospechaba de ella, objeto hasta allí de una admiración y una ternura únicas, había atravesado muchas crisis de desconfianza; pero el solo hecho de hablar con su madre las había disipado, pues aparte su inmoralidad en las cuestiones amorosas, la señora Steno era de una naturaleza franca. No se podía vivir en su atmósfera sin sentir la impresión de que era la menos comedianta de las

mujeres. Su habitual audacia y la especie de serenidad que desplegaba marchando hacia sus pasiones, la daban ese gran aspecto aun en las trapecerías ordinarias que impone la fe como por magnetismo. Además, nunca mentía más que en el último extremo. La repugnancia por las bajezas la hacía preferir el silencio, que es el procedimiento más seguro para engañar. Cuando la precisaba salir de una dificultad con una mentira positiva, tenía cuidado de inventar una que fuese muy sencilla y muy próxima á la verdad, como la que acababa de formular. Era, en efecto, una manía de Florent citar sin cesar epigramas nacionales tan medianos como inícuos. Alba podía citar, no una, sino veinte ocasiones en que aquel excelente hombre se había entregado á bromas propias, en rigor, para ofender á un carácter susceptible. No hubiera, pues, encontrado nada imposible que un duelo entre Gorka y Florent fuese provocado por un incidente de este género. Pero precisamente Chaprón era el cuñado de Maitland, del nuevo amigo por el que la señora Steno se había entusiasmado durante la ausencia del Conde polonés. ¡Y qué cuñado! Aquel del que Dorsenne decía: „Quemaría á Roma para cocer un huevo para el marido de su hermana“. Cuando la señora Steno anunció aquel duelo á su hija, una invencible é inmediata deducción se impuso á la joven: „Florent se bate por su cuñado. ¿Y á causa de quién, sino de la señora Steno?“ Esta idea, sin embargo, hubiera durado mucho ante la explicación de la Condesa, de no tener Alba en su corazón una prueba cierta de que su madre no decía la verdad.

La joven amaba á Maud Gorka tanto como era amada. Conocía la sensibilidad de aquella fiel y de-

licada amiga, como ésta conocía la suya. Para que Maud hubiese escrito á su madre una carta que producía la necesidad de un inmediato rompimiento, preciso era que hubiese una razón grave, hasta ser terrible. Una prueba material se unió pronto á aquella prueba moral. Dados el carácter y las costumbres de la Condesa, si ésta no había mostrado la carta de Maud á su hija, era porque no se podía mostrar. En vano Alba se reprochó aquel nuevo acceso de duda; en vano se esforzó en persuadirse de que por la noche, al siguiente día, al otro, recibiría otra carta de su amiga que viniese á aseverar la explicación dada por su madre. Lo que supo al día siguiente fué la escena del duelo referida por Maitland á la señora Steno, la salvaje agresión de Gorka contra Dorsenne, la sangre fría de este último y el resultado, relativamente inofensivo, del doble encuentro.

—Ya lo ves—le dijo su madre.—Razón tenía yo al pretender que Gorka está loco. Parece que ha sufrido una crisis de furor después de ese duelo, herido y todo, y que no deja que nadie le vea. ¿Comprendes ahora cómo Maud ha podido hacerme responsable de ese acceso de demencia que es, según se dice, hereditario en la familia de Gorka?

Tal era, en efecto, la fábula que la veneciana y sus amigos Hafner, Ardea y otros esparcieron por todo Roma para disminuir el escándalo. La acusación de locura es un procedimiento bastante común en las mujeres que han exasperado la pasión de un hombre hasta el paroxismo, cuando quieren cerrar toda puerta á los accesos ó palabras de tal hombre. En el caso actual el frenesí de Boleslas y los dos duelos con un cuarto de hora de diferencia, sin que se pudiese discernir el verdadero motivo de su có-

lera contra Florent Chaprón primero y contra Dorsenne después, justificaban esta calumnia.

Cuando se supo en la ciudad que el palacio de Doria estaba cerrado á todos, que Maud Gorka no recibía á nadie, y en fin, que se llevaba á su marido de aquel modo parecido á una fuga, no se tuvo duda alguna sobre el naufragio de la razón del joven. De la señora Steno y de sus amores con aquel desgraciado no se habló más que para compadecerla del peligro que hubiera corrido si aquella locura hubiera estallado á su lado. En desquite, la opinión llegó á ser muy severa para los testigos que se habían prestado, á pesar de aquella locura declarada, á la irregularidad del doble duelo. Fué tan violento el tumulto, que la autoridad se preocupó del asunto, y á no ser por la influencia de un pariente de Pietrapertosa, que ocupaba un puesto importante en el Gabinete de entonces, los héroes de la aventura hubiesen comparecido ante los tribunales. En tanto el asunto era objeto de todas las conversaciones, hasta el punto de que el próximo matrimonio de Ardea, el bautismo de Fanny Hafner, la venta del palacio Castagna, sucesos todos bien importantes para la sociedad romana, pasaron á segunda línea.

Dos personas ganaron con estas chismografías, de las que el origen quedó en secreto, gracias á las precauciones tomadas por el prudente Cibo. La una fué el posadero del *Tempo Perso*, cuya sencilla *bet-tola* fué durante algunos días un verdadero lugar de peregrinación, y que vendió un número desconocido hasta entonces de copas de vino de Albano y de cestos de huevos frescos. El otro, el editor de Dorsenne, á quien los libreros de Roma pidieron varios cientos de volúmenes.

—Si el caso hubiera pasado en París—decía el escritor á la señorita Steno, refiriéndole este resultado imprevisto,—tal vez al fin hubiera yo conocido la embriaguez de los treinta mil ejemplares.

Era esto algunos días después de la partida de los Gorka, y al salir de una gran comida de veinticuatro cubiertos dada en la villa Steno en honor

de Pepino Ardea y de Fanny Hafner. En gracia cerca de la Condesa, después de su duelo, Dorsenne había llegado á ser un íntimo de la casa, tanto más asiduo cuanto que la creciente melancolía

de Alba le interesaba más de día en día. El enigma del carácter de la joven redoblaba este interés en cada visita, de tal modo, que á pesar de que ya comenzaba el calor del peligroso verano romano, dejaba á menudo para el día siguiente su regreso á París, sin cesar anunciado. ¿Qué había Alba adivinado después de aquel encuentro, del que ella le había pedido detalles con una emoción mal encubierta, en sus ojos de un azul tan claro, tan transparente, tan impenetrable á la vez, como el agua de cier-



tos lagos de los Alpes al pie de los ventisqueros?

Dorsenne creyó obrar bien corroborando la leyenda de la locura de Boleslas Gorka, cuya falsedad sabía mejor que nadie. ¿Pero no era éste el medio más seguro de poner fuera de aquel asunto á la señora Steno? ¿Por qué había visto en el curso de su relato que los ojos de Alba se velaban con una inexplicable tristeza, como si él acabara de darle un nuevo golpe? No se daba Dorsenne cuenta de que desde el día en que la palabra locura se pronunció ante ella, á propósito del marido de Maud, la Condesita era víctima de un razonamiento tan sencillo como irrefutable:—Si Boleslas está loco, como todos dicen, ¿por qué Maud, que yo sé que es tan buena y justa, y que tanto me quiere, atribuye á mi madre la responsabilidad de este duelo hasta el punto de malquistarse conmigo de este modo y de haberse ido sin una explicación?... No... Esto es otra cosa. Este "otra cosa," lo comprendía Alba sólo con recordar el rostro que su madre puso al leer la carta de Maud. En los diez días pasados desde aquella escena siempre veía aquel rostro y el espanto retratado en sus rasgos tan altivos. ¡Ah, pobrecilla! que no podía arrojar esta idea fija.—Mi madre no es una mujer honrada.—Idea más horrible porque Alba no tenía la ignorancia de una joven, aunque tuviese su inocencia. Habituada á las conversaciones, algunas veces demasiado libres del salón de la Condesa, con los ojos abiertos por las lecturas de novelas cogidas al azar, las palabras amante y querida tenían para ella una significación de intimidad física, lo suficiente precisa para que fuese un suplicio casi intolerable asociarlas á las relaciones de su madre con Gorka primero y con Maitland después. Acababa de sentir dicho

suplicio durante toda la comida, al salir de la cual Dorsenne procuraba bromear alegremente con ella. Alba había ocupado en la mesa un sitio junto á Dorsenne, y la sola respiración de éste, el sonido de su voz, su manera de beber y de comer, la realidad, en fin, de su cuerpo cercano á ella, habíale causado un sufrimiento tan agudo, que le había sido imposible tomar otra cosa que vasos de agua helada para no encontrarse mal. Varias veces, durante aquella cruel comida, prolongada entre los resplandores de la plata y de la magnífica cristalería de Venecia, entre la delicadeza de las flores y el fuego de la pedrería, había visto la mirada de Maitland fija en la Condesa, con una expresión en la que la joven adivinaba instintivamente la sensualidad apasionada, y en un momento creyó ver que su madre le respondía. Sintió entonces con una horrible claridad lo que sentía de un modo confuso: el impúdico carácter de la belleza de su madre.

Con las perlas de sus rubios cabellos, con la garganta y los brazos desnudos en un corpiño, cuyo verde pálido hacía resaltar el esplendor incomparable de su piel, con la boca húmeda y los ojos voluptuosos, la señora Steno aparecía en el centro de la mesa como una Emperatriz, y, al mismo tiempo, como una cortesana. Era semejante á aquella Catalina Cornaro, la Reina galante de la isla de Chipre, pintada por el ardiente pincel de Ticiano y de la que llevaba dignamente el nombre. Durante muchos años Alba había estado orgullosa de la seducción de la Condesa, de sus brazos de estatua, de lo altivo de su porte, de aquel rostro que desafiaba al tiempo, de aquella flor de la vida opulenta. Durante la comida casi había sentido vergüenza. También había sufrido al ver á la señora Maitland sen-

tada algunos sitios más lejos, con el rostro contraído, anublado por un pensamiento de dolor. Y Alba dijo: ¿Sospechará también Lydia? ¿Era, sin embargo, posible que su madre, tan generosa, tan magnánima, tan buena, sonriese tranquilamente llevando semejantes secretos en el corazón? ¿Era posible que engañase á Maud durante meses y meses, con la misma alegre luz en sus pupilas? Y cuando, á fin de arrojar una sospecha tan monstruosa que la oprimía como un remordimiento, Alba había paseado su mirada á lo largo de la mesa, vió á Pepino junto á la encantadora Fanny y al Barón algo más lejos. ¡Otras caras, otras mentiras! El Príncipe sonreía á su prometida como si la amase, ¡y se casaba después de haberse defendido durante meses enteros contra aquel matrimonio, para pagar, con un dinero que sabía era robado, las deudas contraídas para sostener una existencia de vividor imbécil! ¡El padre también sonreía tiernamente á su hija y la vendía por vanidad! Tales eran los dolorosos pensamientos de los que Dorsenne había podido seguir la sombra en torno de los labios y de los ojos de su amiga y á la que procuraba distraer después de la comida, mientras que, una vez servido el café, el ruido de las conversaciones les daba algo de soledad á los dos en un rincón del salón, lleno de gente.

—Vamos—dijo de repente el escritor en medio de un párrafo en el que había contado, á propósito de las ediciones y de los reclamos, dos ó tres anécdotas del círculo literario.—En vez de escuchar á su amigo Dorsenne, Condesita, está usted en disposición de seguir algunos *blue devils* que vuelan por la habitación.

—Ellos volarán por lo menos—respondió Alba, que mostrando á Fanny y al Príncipe Ardea con-

tinuó:—Lo que yo le decía á usted la semana pasada, se realizará. Y usted no conoce toda la ironía de ello, porque no ha asistido como yo, anteayer, al bautismo de la pobre joven.

—Es verdad—dijo Julián,—usted es la madrina. Yo había soñado á León XIII como padrino, con una princesa de la casa de Borbón, como comadre.



El triunfo de Hafner hubiera sido más suntuoso.

—Ha tenido que contentarse con su embajador y una servidora de usted — respondió Alba con una triste sonrisa que se cambió de repente en un gesto de amargura. — ¿Está usted contento

de su discípula? — añadió. — Hago progresos. He comenzado á reir cuando tengo ganas de llorar. Pero usted mismo no hubiera reído de haber visto el fervor de esa encantadora Fanny. Era la imagen de la fe dichosa. No se burle usted.

—¿Y dónde se ha efectuado la ceremonia?—preguntó Dorsenne obedeciendo á aquella súplica.

—En la capilla de las monjas del Cenáculo.

—Conozco el sitio—interrumpió el escritor.— ¡Uno de los sitios más bonitos de Roma! Está en el

antiguo Palacio PIANCIANI, una gran casa casi en frente de la calcografía Real, donde se venden esas fantásticas aguas fuertes del gran Piranese, esos calabozos y esas ruinas de tan intensa poesía. Es el Goya de la piedra. Sobre la terraza hay un jardín que forma como una cubierta de flores y hojas al tejado. Para subir á la capilla se sigue una pendiente sin tramos y se encuentra á las religiosas con traje violeta, muceta negra y delicados rostros, encerrados en el blanco marco de las tocas bordadas. En fin, un lugar apropiado para una de mis heroínas. Me ha llevado allí mi amigo Montfanón. Al llegar hace unas seis semanas, oímos unas diez voces finas, delgadas, débiles, que cantaban: *Questo Cuor tu lo vedrai*. Era una procesión de jóvenes catecúmenas que venían en sentido contrario, con cirios, cuyas esbeltas llamas pálidas temblaban en la luz del día. Era hermoso. Pero permítame usted que me ría ahora, á la idea de la cólera de Montfanón cuando le cuente este bautismo. ¡Si supiera donde está! Pero desde nuestro duelo se oculta. Estará haciendo penitencia. Ya le he dicho á usted que para él el mundo no ha cambiado desde Francisco de Guisa. No admite para los protestantes y los judíos más que el derecho al fuego. Así, cuando monseñor Guerillot le habla de las aspiraciones religiosas de Fanny, recibe un golpe fuerte. Ella se haría arrojar á los leones como Santa Blandina y aún gritaría él que era sacrilegio y una mala comedia.

—No la ha visto anteayer—dijo Alba,—ni ha observado la expresión de su rostro cuando ha recitado el Credo. Yo no soy sospechosa de misticismo, lo sabe usted, y tengo momentos de duda. Hay horas en que no puedo creer en nada; tan villana y triste me parece la vida. Pero nunca olvidaré aque-

lla expresión. ¡Ella veía á Dios! Algunas de aquellas señoras estaban allí. El viejo Cardenal es muy venerable. Todos rodeaban á Fanny como los santos y las santas á la Madona en los cuadros que usted me ha enseñado á amar, y cuando el bautismo concluyó, adivine usted lo que me ha dicho: "Vamos á rogar por mi padre y por su conversión." ¿No hay mucha melancolía en esta ceguedad?

—El hecho es —dijo Dorsenne bromeando de nuevo— que en el diccionario del padre esa palabra tiene otro sentido. Conversión: sustantivo femenino; no se dice más que de la renta. Pero razonemos un poco, Condesita. Porque encuentre usted villano y triste el caso, debía usted alegrarse de ello. ¿Y por qué encuentra usted melancólico que esa adorable santa sea la hija de un ladrón? Yo quisiera que verdaderamente fuese usted mi discípula, y que no resultase ridículo darle á usted aquí, en este ángulo del salón, una lección de intelectualidad. Yo la diría á usted: "Cuando vea usted una de esas anomalías que la indignan, piense usted en las causas... ¡Esto es tan fácil! Aunque protestante, Fanny es de origen judío, es decir, la descendiente de una raza perseguida, y en la que por consecuencia han debido desarrollarse, junto á los defectos inherentes á los pueblos proscriptos, las virtudes correspondientes: el espíritu de familia, el sacrificio, la abnegación de la mujer, que comprende que es el encanto de un hogar amenazado, la dulce flor que perfuma la sombría prisión. He aquí la razón del amor que Fanny siente por su padre. Déjeme usted ser pedante, mi profesión me lo permite, y emplear esa palabra, atavismo, que, como usted sabe ó no sabe, es la reaparición de un antepasado en nosotros después de cien años, de ciento cincuenta

años, de dos mil. Ahora recuerde usted la Biblia y esa serie de piadosas mujeres, Rebeca, Rutch, Esther, Mariana, Elisabeth... las dos Marías y la Verónica, que enjugó el rostro de Jesús. Una de ellas es la que revive en la hija de Hafner, como el poeta de *El cantar de los cantares* revivió en Henri Heine, como

uno de los profetas revivió en Spinoza, como un Iscariote cualquiera revivió en Hafner. Cuando usted mire la vida bajo este punto de vista, todos los personajes que la rodean aparecerán ante usted como éstos, — y señaló



un tapiz colgado del muro por cima de sus cabezas.—Esto es el mundo: una ocasión de suspender en nuestro pensamiento tapices distintos, con una admiración siempre renovada por ese vasto oficio de la Naturaleza, que no acaba nunca de tejerlos... Y aquí termina mi lección, que usted ha sido muy amable en escuchar sin bostezar.

—Todo eso está bien,—respondió Alba con gran seriedad.—Estaba como suspendida de los labios de Dorsenne mientras éste hablaba, con un gusto instintivo por las ideas de este orden, que probaba su verdadero origen.—Pero no tiene usted en cuenta el dolor, lo que no puede ser contemplado como un cuadro, como un tapiz, como un objeto; es la criatura que no ha podido vivir y sufre. Usted que tiene corazón dígame: ¿qué viene á ser su teoría cuando ve usted llorar?

—¿Pero quién tiene deseo de llorar aquí? —replicó el escritor.—No es Hafner, puesto que un Príncipe va á ser su yerno. No es tampoco este Príncipe, puesto que un Barón diez veces millonario va á ser su suegro; ni Fanny, puesto que cree y acaba de ser bautizada. Y con cariñosa voz añadió:—No hay más que usted, Condesita, que se dedica al peligroso juego de verter las lágrimas que otros debieran verter si sintiesen las desgracias que no sienten.

—Es que yo preveo que llegará un día en que Fanny sienta su desgracia,—respondió la joven.—No sé cuándo juzgará á su padre; pero sé que ya empieza á juzgar á Ardea... Estoy segura. Obsérvela usted en este momento... Se lo suplico.

Miró, en efecto, Dorsenne á los novios. Fanny escuchaba hablar al Príncipe; pero con un sello de sufrimiento en su hermoso rostro, de unas líneas tan puras como la nobleza era en el ideal. El reía con la risa de un hablador en disposición de contar una anécdota que juzga muy espiritual y que hiere la delicadeza de la persona á quien se dirige, sin sospecharlo ó sin cuidarse de ello. No era ya aquella la pareja que en los primeros días de sus relaciones dió á Julián el sentimiento de una ilu-

sión completa en la joven por su futuro esposo.

—Tiene usted razón, Condesita,—dijo,—la des-
cristalización comienza. Es bien pronto.

—Sí, es bien pronto,—respondió Alba,—y, sin embargo, es demasiado tarde. ¿Creerá usted que hay momentos en los que me pregunto si no será mi deber decirla toda la verdad de su matrimonio, tal como la sé, con la historia del testafarro, de la venta forzada y del comercio que hace Ardea?

—Usted no hará eso,—dijo Dorsenne.—Y, además, ¿por qué? Sería otro el hombre que se casaría con su dinero... Los millones se pagan. Pero voy á hacer que la regañe su madre, pues la acaparo á usted... y tengo aún que hacer dos visitas esta noche.

—Pues bien; déjelas usted para otra ocasión,—dijo Alba, en quien la seriedad trágica de un momento antes cedió repentinamente el sitio al enfado. Se lo pidió á usted... no se marche.

—Es preciso,—respondió Julián.—Es el último miércoles de la vieja Duquesa de Pietrapertosa, y después de las recientes gentilezas de su nieto...



—¡Es tan fea!—dijo Alba.—No me sacrificará usted á ella...

—Además, tengo una compatriota que se va mañana, y de la que debo despedirme esta noche: la señora de Sauve, con quien me he encontrado en el Museo del Capitolio... No dirá usted que ésta es fea.

—Cierto,—dijo Alba, que se había puesto pensativa,—¡es muy bonita!...

Tuvo en los labios una nueva súplica que no formuló. Después dijo:

—Vuelva usted al menos. Prométame usted que volverá después de sus dos visitas. En hora y media puede usted concluir. No será más que media noche, y ya sabe usted que la gente no se va de aquí antes de la una, y á veces de las dos... ¿Volverá usted?

—Si es posible, sí... Pero en todo caso hasta mañana, en el estudio, para ver el retrato.

—Entonces adiós,—dijo la joven con ahogada voz.



X

Común miseria.

Alba Steno había pronunciado este adiós con un acento tan particular, que también Dorsenne se encontraba conmovido mientras bajaba la escalera cinco minutos más tarde. Se decía: "Cuidado, Julián. Ella estaba verdaderamente linda esta noche, con sus hombros un poco delgados en su corpiño blanco, con su tez pálida, su boca roja, y sus ojos claros. ¡Demasiado bonita y conmovedora! Algunas conversaciones más de este género, y estaríamos cerca de *la tontería*."—Esta era su manera poco reverente de designar el matrimonio.—"Y esto no, no. Recordemos la divisa de la sortija." Y oprimió contra su